

JUAN GELMAN

VIOLÍN Y OTRAS
CUESTIONES

EDICIONES GLEIZER

Buenos Aires 1956

Juan Gelman

Violín y otras cuestiones



Seix Barral

Gelman, Juan

**Violín y otras cuestiones.- 1ª ed. – Buenos Aires :
Planeta, 2006.**

80 p. ; 19x12 cm.

ISBN 950-49-481-4

**1. Poesía Argentina I. Título
CDD A861**

Diseño de cubierta: Carolina Cortabitarte

© 1956, 2006, Juan Gelman

**Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para el Cono Sur**

© 2006, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: 3.000 ejemplares

ISBN-13 978-950-731-481-0

ISBN-10 950-731-481-4

Impreso en Talleres Gráficos Leograf S.R.L.,

**Rucci 408, Valentín Alsina,
en el mes de febrero de 2006.**

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

**Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser
reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún
medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin el previo permiso escrito del editor.**

Prólogo

“Los poetas son los legisladores
no reconocidos del mundo.”

SHELLEY

No hace mucho, en “La Máscara”, siete poetas de la novísima promoción leyeron algunos de sus poemas inéditos. Todos me parecieron inspirados y bien orientados. Particularmente me interesaron los poemas de Juan Gelman, sobre todo “El caballo de la calesita”, que considero magistral, y empieza así:

*Trajín, ciudad y tarde buenos aires.
Aire de plaza, ruido de tranvía.
(Galopando una música de tango
gira el caballo de la calesita.)*

Desfilan hechos, seres, el alma del poeta, y termina:

*Iba sin una luz, sin una rosa,
sin un poco de mar, sin un amigo.
Me vio el caballo de la calesita,
me vio tan solo que se fue conmigo.*

*Y ahora en mi corazón y desde entonces,
transitado de niños y de risas,
prisionero en mi música voltea
gira el caballo de la calesita.*

*(Tiene el ojo pintado.
Su corazón es de madera limpia.)*

Ahora el poeta publica su primer libro y después de leer los poemas que lo integran, yo saludo en su autor, no ya a una brillante promesa, sino a una vehemente realidad, a un poeta con acento personal —con “predio propio” —que ya es mucho pedir en un joven, cuando hay algunos consagrados que todavía arrebatan giros, metáforas, temas, a otros colegas, menos afortunados pero más honrados.

Con *Violín y otras cuestiones* Juan Gelman irrumpe dignamente en la poesía de habla española y el círculo universal de la rosa. En su libro palpita un lirismo rico y vivaz y un contenido principalmente social, pero social bien entendido, que no elude el lujo de la fantasía. Juan Gelman no es un evadido de la realidad, como desearían los teóricos reaccionarios de un artepurismo imposible; ni tampoco un “editorialista en verso”, un simple propagandista, como querrían que fuera los agrios críticos sectarios, los que ig-

noran que en la conciencia del poeta, del creador, habrá siempre un terreno inalienable que no podrá ser hollado.

En este singular “Violín” y en las *Otras Cuestiones* flotan saludables vientos de afirmación civil, y aun en tal o cual poema desgarrado, casi patético, sin aparente salida, alienta el optimismo histórico. Su poesía no responde a tal o cual preceptiva rígida, y a través del poeta, porteño, nacional, muy nuestro, se ve al ciudadano del mundo, por eso mismo. Su forma es ágil, fresca, variada en tonos y matices. Prevalece el verso libre, y es lógico, porque corresponde al fondo. Pero Juan Gelman también demuestra que puede escribir un soneto, aunque no como los que circulan por ahí, de los que hemos llamado los “terribles sonetistas del domingo”, tipo González Lanuza, simples ejercicios retóricos. Juan Gelman ha puesto en ese soneto su personalidad; cuenta “cosas”... Se trata de dominar y utilizar todas las formas: lo importante es la intención moderna que se pone dentro, el talento, y cualquier forma resulta enaltecida cuando se consubstancia con el contenido.

Habrá quien diga que *Violín y Otras Cuestiones* no está en la línea “formal” tradicional. Pero ¿existe en nuestro país determinada tradición? Hay quienes pretenden que esa tradición se basaría únicamente en el esplendor “gauchesco”, o únicamente en el ruidoso y brillante arsenal de

la rima lugoniana. Esto es falso. En nuestro país de aluvión, atropellado y prometedor, la diversidad de estilos, formas y temas daría la tónica. No podría decirse que nuestro pasado poético esté exclusivamente representado por el romance, el soneto, la copla, la décima, el verso rigurosamente rimado, el verso absolutamente libre, etc., etc., etc. ... (Ni siquiera se comprende la sujeción a determinada forma tradicional en la vieja Francia, por ejemplo, y en ese sentido no estamos de acuerdo con el admirable y fecundo Aragón —a quien ya aplaudimos por haber dirigido la feliz batalla contra los reaccionarios y contra los sectarios en su patria— que sugiere el regreso al soneto clásico y la solemne arquitectura de Racine y Corneille, lo cual es absurdo porque, además, lo mejor de la tradición francesa está en el genio de François Villon, en su eterna frescura, en las audacias de Baudelaire, Rimbaud, Tristán Corbière, Verlaine, Charles Cross, Alfred Jarry y otros, hasta los modernos, el citado Aragón, el inolvidable Paul Eluard [que sigue siendo el poeta más grande de nuestros días en el mundo], el malogrado Robert Desnos, asesinado por los nazis, etc.).

En nuestra tradición, en todo caso, se mezclan, a través del tiempo, románticos como los de Mayo y los de la generación de Echeverría, en la huella del innovador Hugo, en su acento civil; el “gauchismo” genial de los cultos Ascasubi, Hernández, del Campo; los suntuosos versificado-

res lugonianos con el maestro cordobés a la cabeza; el urbanismo del Carriego legítimo de “La Canción del Barrio”; el porteñismo y el internacionalismo de muchos de los poetas del movimiento “martinfierrista” y el grupo de “Boedo”, casi todos, hijos de españoles e italianos; la poesía popular, la payada, de Gabino Ezeiza, de Betinotti; la poesía lunfarda de Carlos de la Púa y la del tanguero Celedonio Flores; el decoroso tono menor de poetas del Litoral, como José Pedroni (en su origen, lugoniano), hoy lanzado a más altas resonancias civiles, y el de Juan L. Ortiz, tenue, delicado, muchos de cuyos versos aparecen atravesados por ráfagas rilkeanas; el aire pueril de copla de algunos poetas norteros, cultores de un muy discutible, poco auténtico *folklore*; la poesía cálida y valiente de algunos poetas que devinieron revolucionarios, los auténticos, aquellos en quienes Calíope no ha ahogado a Erato, etc. ...

Entre estos últimos nosotros incluiríamos a Juan Gelman, quien recién comienza y ya está maduro; que es un joven *joven* (porque también hay jóvenes viejos) y ahora transcribo estos párrafos (que cito en mi artículo sobre “El movimiento Martinfierrista” y el “Grupo de Boedo”) tomados del editorial del primer número de aquella notable revista que se llamó *Proa*, dirigida por Ricardo Güiraldes, el gran animador, que fuera atacado por fascistas y por la crítica oficial, y con quien tratan de ensa-

ñarse hoy algunos sectarios mal informados y malévolos: “Sin temor ni hipocresía declaramos nuestro amor por todo lo que signifique un análisis o una nueva ruta. Y éstos se revelan indistintamente en el joven y en el viejo. Declaramos que la nueva generación no está limitada por la fatalidad temporal y biológica, y que vale más para nosotros un viejo batallador que diez jóvenes negativos o frívolos”.

Hay un hecho que nos llena de emoción y de orgullo: en este país, donde la mayoría de los editores subestiman a la poesía, y, como hemos dicho antes, para que el libro de un poeta sea publicado, el autor tiene que empezar por no ser argentino, y si lo es, sus versos deben ser anodinos, conformistas, inofensivos, *Violín y otras cuestiones*, de un poeta prácticamente desconocido, aparece con el honroso rubro de Manuel Gleizer, “el último romántico de los editores”, como lo llamara mi hermano Enrique, que hizo conocer a toda una nueva generación de poetas, ignorados en su mayoría o algunos de los cuales ya combatidos por la pacata y chata crítica oficial. Cerrada la famosa librería de la vieja calle Triunvirato, liquidada la Editorial de tanto prestigio, el querido Gleizer siguió en la brecha, y ahora se ha encargado de este libro de un novel, en el cual yo saludo sin vacilar a un gran poeta. Con *Violín y otras cuestiones* —aquí veo todo un símbolo— se inicia la

colección “El Pan Duro” y otros jóvenes inéditos serán revelados. Así, el más viejo de los editores publica al más joven de los poetas, cuando las empresas editoras más poderosas se resisten, generalmente, a publicar libros de poetas argentinos consagrados, y con más razón si se trata de jóvenes desconocidos...

Juan Gelman es un joven *joven*, repito, y su libro aparece en momentos en que, entre algunos de la *nueva hornada*, se advierten jóvenes *viejos*, por su mentalidad retrógrada y su visión reaccionaria de la poesía y de la vida; de regreso a la simple versificación unos, aferrados otros al fatalismo místico y otros cayendo en el “lorquismo” (pero lejos del gran acento de “Poeta en Nueva York” y el intenso sentido popular del teatro de Federico) y en el “nerudismo” (pero tomando lo que en el propio Neruda ya es saturación, nueva retórica) o bien se fugan con Elliot, el poeta cortesano, artificioso e infecundo. No olvidamos a quienes tardíamente imitan técnicas superadas o que tuvieron sentido en un tiempo y de ellas sólo queda lo que fue más auténtico, poesía de supuesta inspiración “prenatal”, prosa “cortada en forma de verso”, ausencia del punto y coma, etc.; tema que hemos ya tratado en otra parte. Pero Juan Gelman no está solo. Hay muchos que avanzan por la misma ruta, cada cual con su estilo.

Integran este libro poemas de clima porteño, entraña-

ble, que tocan el barro y rozan la nube, pero entre los cuales no faltan aquellos que son un toque de solidaridad con los dolores y las esperanzas de otros pueblos. Un mundo de sucesos, corrientes o extraños, seres, imágenes, ilusiones, júbilo, drama, amor y lucha, en el que gira el mágico caballo de la calesita, y otros poemas muy bien logrados como “Crepúsculo distinto”, “Oración de un desocupado” y tantos otros, sin que ni uno solo de los que forman el libro escape al sello personal, la sorpresiva *trouvaille*, el vuelo de la imaginación y la profunda sencillez de lo cotidiano... Y siempre la vida, su exaltación, su defensa, que es la defensa de la poesía, porque él lo dice: “La poesía es una manera de vivir”... Y siempre el canto, hasta en un pañuelo, porque hasta “en un pañuelo la primavera canta”. Y un fondo musical reiterado de violines, alegres y melancólicos, delicados y varoniles. ¡Singulares violines!... Sin duda, el autor no toca el violín de verdad, y si lo toca lo hará muy mal, como ocurrió con el hoy célebre aduanero Rousseau, descubierto por el impagable Guillaume Apollinaire. Pintaba los domingos, tocaba el violín a menudo. Los vecinos protestaban por esto; la posteridad lo considera uno de los más grandes pintores... El *douanier* no sabía que su verdadera vocación era la pintura. Pero Juan Gelman sabe muy bien que la suya es la poesía, la “manía de cantar”...

“Jamás la poesía de la tierra se extingue”, dijo John Keats, y dijo una gran verdad. A cada generación, en cualquier lugar del mundo, surge un nuevo poeta para probarlo.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN.

Marzo de 1956.

*¡Quién pudiera agarrarte por la cola
magiafantasmanieblapoesía!*

*¡Acostarse contigo una vez sola
y después enterrar esta manía!*

¡Quién pudiera agarrarte por la cola!

EPITAFIO

Un pájaro vivía en mí.
Una flor viajaba en mi sangre.
Mi corazón era un violín.

Quise o no quise. Pero a veces
me quisieron. También a mí
me alegraban: la primavera,
las manos juntas, lo feliz.

¡Digo que el hombre debe serlo!

(Aquí yace un pájaro.

Una flor.

Un violín.)

El crepúsculo atraca al triste y solo
violín de mi corazón.

El crepúsculo instala muchachas melancólicas
en el balcón.

El crepúsculo toca en las esquinas
una música gris.

Y llora largamente,
blandamente.

(¿No lo oís?).

EL CABALLO DE LA CALESITA

Trajín, ciudad y tarde buenos aires.

Aire de plaza, ruido de tranvía.

(Galopando una música de tango
gira el caballo de la calesita.)

Los hombres van y vienen. Una vieja
vende manzanas en aquella esquina.

(Corazón de madera, ojo pintado,
gira el caballo de la calesita.)

Un grave industrial hace negocios.

Un vago duerme junto a la banquina.

(Transitado de risas y de niños
gira el caballo de la calesita.)

Una pareja se ama. Un angustiado
compra cianuro, escribe y se suicida.

(Ha muerto un ruiñeñor. Pero no llores,
gira, el caballo de la calesita.)

Os contaré una historia maravillosa y cierta.

Una tarde (el crepúsculo lentamente caía)

se me llenó la boca de soledad. Desierta
era mi sangre. Mi alma ni un pájaro tenía.

Caminaba. A lo lejos se oían los violines
que el crepúsculo toca para verme más triste.
Mi alma se vestía de lentos adoquines.
(Mi alma en la soledad no se desviste.)

Iba sin una luz, sin una rosa.
Sin un poco de mar, sin un amigo.
Me vio el caballo de la calesita.
Me vio tan solo que se fue conmigo.

Y ahora en mi corazón y desde entonces,
transitado de niños y de risas,
prisionero en mi música voltea,
gira el caballo de la calesita.

(Tiene el ojo pintado.
Su corazón es de madera limpia.)

CREPÚSCULO DISTINTO

Ha caído el crepúsculo sobre la esquina
donde suelo esperarme con un violín.

(Una muchacha, sola de sonatina,
es en el aire una música gris.)

Pasan los infaltables pájaros tristes
que el crepúsculo inventa para que a mí...

(Y esa muchacha siempre sola en su música...
Y yo siempre esperándome con un violín...)

Pasan los niños, traen sobre la punta
de su alegría risas de ta te ti.

(Pienso que esa muchacha, sola en su música...
Pienso que en el crepúsculo, juan, mi violín...)

Pasan los hombres, luchan por su estatura,
por un pan milagroso de porvenir.

(¡Pero, muchacha sola, deja tu música!
¡Pero, juan que me esperas, deja el violín!)

La vida es roja como la buena sangre.
Dura y alegre, nunca viste de gris.

Ven, muchacha, he llegado. Caminaremos.
(Deja atrás esa música triste.
Con mi Juan, el del triste violín)

Niño, tus cuatro letras de ternura
viven en mí.

Niño, seguramente naces cuando
el mar dice que sí.

Niño, te digo, voy por las orillas
de un alegre violín.

Llevo tus cuatro letras de ternura.
Viven en mí.

Tócame la mejilla por si encuentras
una humedad antigua y olvidada.
Es del tiempo en que quise ser caballo
para no ser fantasma.

Tócame la mejilla. Vamos, anda...

Viendo a la gente andar

Viendo a la gente andar, ponerse el traje,
el sombrero, la piel y la sonrisa,
comer sobre los platos dulcemente,
afanarse, correr, sufrir, dolerse,
todo por un poquito de paz y de alegría,
viendo a la gente, digo, no hay derecho
a castigarle el hueso y la esperanza,
a ensuciarle los cantos, a oscurecerle el día,

viendo, sí,

cómo la gente llora en los rincones
más oscuros del alma y sin embargo
sabe reír y sabe andar derecho,
viendo a la gente, bueno, viéndola
tener hijos y esperar y siempre
creer que van a mejorar las cosas
y viéndola pelear por sus riñones,

digo gente,

qué hermoso andar contigo
a descubrir la fuente de lo nuevo,
a arrancar la felicidad,
a traer el futuro sobre el lomo, hablar
familiarmente con el tiempo y saber

que acabaremos y de una buena vez por ser dichosos,
qué hermoso, digo, gente, qué misterio
vivir tan castigado

y cantar y reír,

¡qué asunto raro!

Porque existen las plazas. Y los pájaros.
Y las muchachas y los perros y
los árboles, la gente, los zaguanes.

Porque existen los juanes, preocupados
porque la nena tiene fiebre o
le salen los dientitos. La mujer
suele decir: “Cuando te aumenten
el sueldo...” y suele estar en el mercado
contando las monedas y contándose
la vida a tropezones.

¡Qué cuestión!

Si estas cosas existen, si es que están
golpeándote y pegando a tu sordera,
¿quizás te calles o te vayas o
te dediques al sueño, a la morfina,
quizás te vayas, sí, o tomes vino
sobre el estaño, cálido de codos,
posiblemente existas de ese modo,
pálido, flaco, tropezándote
a cada rato con tu pantalón

y tu camisa, rota de ilusiones,
y tu ilusión, tan rota de camisas?

¿Quizás te escapes con la madrugada
tibia aún en tus ojos, para ir
a la muerte, a la muerte y a la muerte
bajo otros cielos, sobre ajenos patios,
entre otras voces, caras, infelices,
para que digan se murió, eso es todo,
siempre eso es todo, se murió, que encuentren
un peine roto en tu bolsillo, cartas,
y eso es todo, eso es todo?

¡Qué cuestión!

Después de haber mirado tu retrato
y haberlo dado vuelta, no, después
de haberte visto el saco solitario,
los bolsillos, el taco taciturno,
después de verte el pelo y la mejilla,
has dicho sí señor por los relojes,
has callado un minuto por ti mismo.

Te has vuelto luego por la espalda, así,
mirándote la nuca, el imposible
que allí arranca hacia el aire, te quedaste
duro de frente y al costado hondo
por si sangraba el viejo corazón,
el viejo compañero, el viejo todo.

Te has quedado, don luis, como te digo,
preguntándote el tiempo en que jugabas
a la escondida con el negro, a la
pelota con los otros en el barrio,
preguntándote el tiempo en que solías
gritar, llorar a pulmón pleno, andar
bajo la lluvia, loco de sonrisas,

como si todo comenzase y nada
fuera a acabar de golpe con la muerte.

Te has quedado un minuto como digo,
menos solo que nunca, entre recuerdos,
entre tu vida y luego entre pañuelos,
voces y frases, tangos, cigarrillos,
esa muchacha y luego entre ti mismo.

¡Qué de sueños, don luis y qué de cosas!

Con el revólver fuiste hasta el espejo,
duro de frente y al costado hondo,
y así sangró tu viejo compañero,
tu viejo corazón, tu viejo todo.

Eran las diez de la mañana. Afuera,
bajo el sol, copulaban los gorriones.

ORACIÓN DE UN DESOCUPADO

Padre,

desde los cielos bájate, he olvidado
las oraciones que me enseñó la abuela,
pobrecita, ella reposa ahora,
no tiene que lavar, limpiar, no tiene
que preocuparse andando el día por la ropa,
no tiene que velar la noche, pena y pena,
rezar, pedirte cosas, rezongarte dulcemente.

Desde los cielos bájate, si estás, bájate entonces,
que me muero de hambre en esta esquina,
que no sé de qué sirve haber nacido,
que me miro las manos rechazadas,
que no hay trabajo, no hay,

bájate un poco, contempla
esto que soy, este zapato roto,
esta angustia, este estómago vacío,
esta ciudad sin pan para mis dientes, la fiebre
cavándome la carne,

este dormir así,
bajo la lluvia, castigado por el frío, perseguido
te digo que no entiendo, Padre, bájate,

MUJER ENCINTA

En mí tu peso joven, hijo mío.
Esta dicha de hacerte cada día.
Tu medida mordiendo mi costado.
Tu palabra en silencio todavía.
Tu corazón de luz en mi tiniebla.
Tus manos en mi carne dividida.
El color de tus ojos y tu pelo.
El aire de tu beso y tu sonrisa.

Como un árbol de sangre, de mi sangre,
toda esta nueva vida, de mi vida.

Pero, hijo mío, ¿quién te escucha, quién
te espera? ¿Quién vela entre los hilos
del lunes que vendrá o entre el oscuro
rumor del marzo aún no nacido o entre
las espirales ciegas de los días
que aún andan bajo tierra?

¿Quién?

Están los hombres entre guerra y muerte.
Un viento de pistolas barre el mundo.

Hijo mío, te quiero, desde ya, desde el fondo,
brotando de mi carne hacia los hombres como un dios,
como una flor tan pura que no quiero
que tu piel se marchite, que tu risa
caiga a pedazos, que tu hueso vuele
convertido en ceniza, que tu sangre
se hunda en la piedra para siempre.

¡No!

¡Me vestiré de puños hasta el alma!
¡Armaré las espadas de mi leche!
¡Afilaré mi grito hasta que corte!
¡Pondré mi vida paz junto a otras vidas paz!
¡Irán mis manos paz junto a otras manos paz!

¡Para que nazcas!
¡Para que tu caricia venga a darse!

UN VIEJO ASUNTO

Fue a principios de siglo.

La ciudad
se ponía los pantalones largos,
iba en landó, calzaba vías férreas,
ascendía hasta el cielo con ventanas.

Era el imperio de los estancieros
recién vendido a la Inglaterra, era
la reyecía de los Apellidos,
el país dividido en cinco feudos
donde engordaba el animal y pedro
valía menos que un cuero de vaca.

El río entonces una madrugada
fue despertado por extrañas voces,
palabras dulces o ásperos sonidos,
el aire anduvo averiguando qué
demonios sucedía, qué lenguaje
lo trizaba en cristales asombrados,
mientras los inmigrantes descendían
con pantalones castigados, los
bolsillos llenos de nostalgia y unos

sueños, los pocos permitidos por
la Compañía de Navegación.

Aquí vinieron italianos, turcos,
árabes, rusos, búlgaros, judíos,
eslovacos, polacos, españoles,
con los dedos del hambre en la mejilla,
con la lágrima seca sobre el pómulos,
con las espaldas hartas del fusil,
del knut, del palo de la policía,

aquí vinieron, construyeron casas,
relojes, sillas, lápices, pañales,
empuñaron la reja, hicieron
llover del suelo gotas congeladas
de trigo o de maíz, aquí vinieron
y edificaron días, esperanzas,
árboles, hijos, pájaros, canciones,
aquí empezó a dolerles el huesito,
mientras el amo alcorta o anchorena
mantenía queridas en París,
vendía el país por unas esterlinas,
paseaba sus polainas por Europa.

Aquí vinieron, sí, los gringos, los
estranjis, aprendieron a besar
el mate largamente, a conversar
en porteño mezclado, en guaraní,
dieron sus brazos para el frigorífico,
para las fábricas y se encontraron
cara a cara con los viejos fantasmas,
les azuzaron sus hermanos criollos
(les decían “los gringos les roban el trabajo”)
les persiguieron la mejilla y como
muchos de ellos venían de la pólvora,
del aire en armas de las barricadas
populares y muchos descendían,
por parte del dolor, de la pelea,
los amos les dictaron una ley:

“Queda prohibido para el extranjero,
jornalero, albañil, bracero o pobre,
pedir aumento de salario, unirse,
luchar por su camisa, el delantal,
la cuchara, el repollo, los manteles.
Tiene permiso para sufrir hambre,
golpes y lágrimas, humillaciones,
como los chinos de esta sucia tierra.
Puede olvidar de a poco que es un hombre,

y si lo recordase, hereje, bárbaro,
archívese, publíquese y devuélvase
encadenado a su lugar de origen.”

Esta es la ley, célebre por su número
odiado, maldecido, esta es la ley
4144.

Clavada está en el medio de mi pueblo.
Todavía golpea en lo más puro.

NIÑOS: COREA 1952

Esto que tengo de niño fundamental
se me rebela, quiere
llorar en los rincones, desgarrarse
la frente, la mejilla,
olvidar el cuaderno donde dice
mamá con letras tiernas
y hay una dulce vaca de tres patas.

Hermanitos, ¡qué nuca perseguida
la vuestra y cómo duele
aprender a contar por bombarderos
y el cielo de pizarra!
¡Cómo duele, hermanitos,
saberse de memoria la h de hambre
y saberse la muerte de memoria
y saberse a los yanquis de odio puro,
cómo duele, hermanitos!

Pienso que te andan castigando el pájaro
en los ojos, machacándote
el hueso
y me dan ganas

urgentemente de cuidarte todo!
defenderse en el aire que te toca!

(No te duermas, niño.
No te duermas, sol.
Que en los arrozales
mata el invasor.
No te duermas, niño.
Todavía no...)

Que no y no duermas, párate, hermanito,
consérvate en tu metro,

yo sé—

esto que tengo de niño fundamental
me anda diciendo—

que estás así,

en tu leche confirmado,
peleando con los dedos,
continuando tu estirpe

¡y fuera el yanqui!

¡PAZ!

¡Paz para tu cuaderno!

¡Porque puedas y digas
mamá con letras tiernas
bajo una dulce vaca de tres patas!

Un niño es de carne, hueso, pelo enrollado o no y muchas
/preguntas.

Pero sobre todo tiene una sustancia, un soplo, material,
/espiritual,
químico, físico o yo qué sé que despierta poderosamente
/la ternura.

Se preocupa mucho por las cosas más pequeñas. Canta
/y ríe
fácilmente. Y no le importa ensuciarse las rodillas.

Mírenlo desde aquí: (con amargura) — Yo fui como él.

Mírenlo desde allí: (con alegría) — ¡Él no será como yo!

¡Defiéndanlo!

Tal vez bajo del pelo, bajo el párpado,
bajo humos, sábados, paredes, trajes,
aymeduelen, vecinos, hastaluegos,
guarda la gente un poco de ternura.

Es tal vez bajo el ala del sombrero
o tal vez en la mano, en su pañuelo,
donde la gente suele atardecer
cuando la tarde es cruel como un cuchillo.

Y si no, ¿cómo explica su mejilla?
¿Y cómo explica su continuo andar,
reír, pelear, me digo, cómo explica,
si esto pega tan duro en el estómago?

Tal vez bajo la noche,
la gente saca su ternura a ver
si algo le han dado, si algo le ha dolido,
charla un poco, desteje su cansancio,
suelta un pájaro y sueña hasta mañana.

El amor ha crecido

OFICIO

Cuando al entrar al verso me disloco
o no cabe un adverbio y se me quiebra
toda la música, la forma mira
con su monstruoso rostro de abortado,
me duele el aire, sufro el sustantivo,
pienso qué bueno andar bajo los árboles
o ser picapedrero o ser gorrión
y preocuparse por el nido y la
gorriona y los pichones, sí, qué bueno,
quién me manda meterme, endecasílabo,
a cantar, quién me manda
agarrarme el cerebro con las manos,
el corazón con verbos, la camisa
a dos puntas y exprimirme,
quién me manda, te digo, siendo juan,
un juan tan simple con sus pantalones,
sus amigotes, su trabajo y su
condenada costumbre de estar vivo,
quién me manda andar grávido de frases,
calzar sombrero imaginario, ir
a esperar una rima en esa esquina
como un novio puntual y desdichado,

quién me manda pelear con la gramática,
maldecirme de noche, rechinar
fieramente, negarme, renegar,
gemir, llorar, qué bueno está el gorrión
con su gorriona, sus pichones y
su nido, su capricho de ser gris,

o ser picapedrero, óigame amigo,
cambio sueños y músicas y versos
por una pica, pala y carretilla.

Con una condición:

déjeme un poco

de este maldito gozo de cantar.

Hoy que estoy tan alegre, qué me dicen,
me miro el pecho y río, miro me
la estatura, el reloj, los pantalones,
tan alegre y me río, la camisa
me miro a carcajadas, vea usted,
este asunto comienza en mi esqueleto
(perdón por la palabra) estoy alegre
compañero, le digo, cuello arriba
y cuello abajo río, qué es no sé,
me levanté tan simple como siempre
y tan juan como suelo entré a la calle,
salud, ciudad, le dije, acaricié
la mañana de paso, fui hasta el hombre
más triste y le di un sueño,

compañero

qué me pasa, me río y qué es no sé,
tengo un tumulto de violines vivos,
me nace un pájaro en la boca,

¡al tren!

¿quién se ha muerto? ¡mentira!

los marinos

se enamoraron de una estrella

¿y qué?

salud, ciudad, le dije, compañero,
y en una esquina el aire le besé
como un loco, me miran los zaguanes,
las ventanas, un árbol, qué es no sé,
me sacudo el recuerdo, los pañuelos,
las caricias de anoche, busco en
mis ojazos de pibe entre cuadernos,
violetas tiernas y una madre y qué
me pasa, estoy alegre, río, corro,
me cantan los zapatos,
los zapatos,
ciudad, ciudad, hoy te amo como nunca,
hoy no te hiero, apenas hoy si te
toco, apenas si rozo tu armadura
de asfalto y piedra y barro y hombres de
cojón y viento, apenas si te digo
mañanero, salud.

Y me detengo.

Me río.

Estoy alegre.

Y qué es no sé.

Estoy sentado como un inválido en el desierto de mi deseo de ti

Me he acostumbrado a beber la noche lentamente, porque sé que la habitas, no importa dónde, poblándola de sueños.

El viento de la noche abate estrellas temblorosas en mis manos, que aún no se conforman, viudas inconsolables de tu pelo.

En mi corazón se agitan los pájaros que en él sembraste y a veces les daría la libertad que exigen para volver a ti, con el helado filo del cuchillo.

Pero no puede ser. Porque estás tan en mí, tan viva en mí, que si me muero a ti te moriría.

Afirmo fieramente: tengo estómago.
Pero no, pero no. Mejor dejarlo.
Ayer nació un gorrión en mi camisa
y hoy me cité de nuevo con un árbol.

Pero además resulta que estoy vivo,
fértil de sangre aguda en el costado.
El señor hambre se metió en mi casa
y no sé cómo echarlo.

Pero no es eso, no. Mejor dejarlo.

Me duele un abedul lleno de cielo
que en mi recuerdo recogí en el campo.
Urgentemente debo hablarle hoy.
Él se cree olvidado.

El almacén, la luz, el alquiler,
todo lo que se debe y no está pago.
Espero un hijo, allá, para diciembre.
Pero no, pero no, mejor dejarlo.

Me aguarda el aire. Es junio y hay invierno.
Llueve exclusivamente en mi zapato.
¡Ay de la carne que no se ha comido!
Pero no es eso, no, mejor dejarlo.

Estoy de novio con la primavera,
con mi mujer y con mis manos.
Si me toco la frente con un silbo
echo a volar mis pájaros.

Pero no, pero no.

Mejor dejarlo.

Jueves pasado en aire compañero
de tu conversación. Sobre el mantel,
los dulces platos, el cuchillo alerta,
las ganas de comer.

También las ganas de charlar un rato,
de todo, de cualquier cosa, de nada.
De llorar a raíz de la cebolla
y de reír a punto en la cuchara.

Tus manos diestras, tibias de verdura,
y el delantal que siempre se estropea
justo ahí, ¡pero qué rabia!

el pan
subió de nuevo, ¿eh?, ¡qué cosa sería!

¡Qué cosa sería, esposa, cosa sería,
tocar el aire de este jueves limpio!
¡Mirarse el pecho, escándalo de vida!
¡Oír en tu vientre cómo crece el hijo!

Y lo demás, lo iremos arreglando.

Tal vez el mundo cabe en la cocina
donde hablamos del hijo.

El futuro es un rostro, un dulce nombre,
una sangre en camino a este camino.

Amor se dice de un extraño modo:

cuna, pañal, la bata.

Estas cosas comunes.

Esas palabras blancas.

El amor ha crecido.

La primavera canta en mi pañuelo.

LLAMAMIENTO CONTRA LA PREPARACIÓN DE UNA GUERRA ATÓMICA

Voy a firmar aquí porque me digo
que es bueno andar con la sonrisa entera,
silbar bajito una canción cualquiera,
tener un perro, un árbol, un amigo.

Voy a firmar aquí con el testigo
del cielo azul sobre la lapicera,
porque me acuerdo de una primavera
que se coló una vez por mi postigo.

Voy a firmar aquí porque me toco
el corazón creciendo poco a poco
por este amor que brota de mi hueso.

Voy a firmar aquí contra el espanto,
por la paz, por la vida, por el canto,
por el gorrión que vuela cuando beso.

UN HOMBRE

¡Cómo decir las cosas más simples de la vida!

Este pan, ese pájaro, la noche.

¡Cómo decir un hombre claramente!

Algo que fue creciendo bajo el aire,

una ternura, sí, con apellido,

un gran pañuelo de llorar, tal vez,

una camisa a la que llega un barco,

un zapato mordiendo los caminos.

Cómo decir un hombre claramente,

barajarle los lunes, las canciones,

y es algo más que una corbata, un miedo,

una pared donde el amor estalla.

De pronto un hombre es tierra conmovida.

Es la esperanza andando en pantalones.

Son las manos peleando contra el tiempo.

Así eras, Juan. Por eso te llamabas

juan, como todo lo que sufre y crea.

Repartido ya estás por tu familia,

vivo en el pueblo de los corazones,

te sientas a la mesa con nosotros

y compartes las cosas más simples de la vida:
este pan, ese pájaro, la noche.

Un hombre, claramente, se dice: Ingalinella.

FINAL

La poesía no es un pájaro.

Y es.

No es un plumón, el aire, mi camisa,
no, nada de eso. Y todo eso.

Sí.

He roto un violín contra el crepúsculo
para ver qué pasaba,
me fui a la piedra y pregunté qué pasa.
Pero no. Pero no.

Aún no.

¿Me olvidé acaso del pañuelo aquel
donde gira en silencio un vals antiguo?

No lo olvidé, miradme la mejilla
y os daréis cuenta, no, no lo olvidé.

¿Me olvidé del caballo de madera?
Tocadme el niño y me diréis que no.

¿Y entonces, qué?

La poesía es una manera de vivir.

Mira a la gente que hay a tu costado.

¿Ama? ¿Sufre? ¿Canta? ¿Llora?

Ayúdala a luchar por sus manos, sus ojos, su boca, por
el beso para besar y el beso para regalar, por su mesa, su

cama, su pan, su letra a y su letra h, por su pasado —¿acaso no fueron niños?— por su porvenir —¿acaso no serán niños?— por su presente, por el trozo de paz, de historia y de dicha que le toca, por el pedazo de amor, grande, chico, triste, alegre, que le toca, por todo lo que le toca y se le arrebató en nombre de qué, de qué?

Tu vida entonces será un río innumerable que se llamará pedro, juan, ana, maría, pájaro, plumón, el aire, mi camisa, violín, crepúsculo, piedra, pañuelo aquel, vals antiguo, caballo de madera.

La poesía es esto.

Y luego, escríbelo.